MEMORIAS DE UNA PUTA

Mari Cielo Pajares

mr

Mari Cielo Pajares

MEMORIAS DE UNA PUTA

mr

El papel utilizado para la impresión de este libro es cien por cien libre de cloro y está calificado como **papel ecológico**

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (art. 270 y siguientes del Código Penal)

Diríjase a Cedro (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con Cedro a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

Título original: Memorias de una puta
© 2014, María del Cielo Pajares Alonso
© 2014, Ediciones Planeta Madrid, S. A.

Ediciones Martínez Roca es un sello editorial de Ediciones Planeta Madrid, S. A.
C/ Josefa Valcárcel, 42. 28027 Madrid
www.mrediciones.com
www.planetadelibros.com

Primera edición: marzo de 2014

ISBN: 978-84-270-4103-5
Depósito legal: M. 3.497-2014
Preimpresión: Safekat, S. L.
Impresión: Rotapapel, S. L.

Impreso en España-Printed in Spain

Índice

¡Maldita crisis! 11
El primero 20
La solución 41
Con la mafia en los tacones 51
Luna de miel 83
¿Cómo se visten las putas de nivel? 93
La foto 106
Famosos agresivos 125
¿Amigas para siempre? 136
La sexcam y su puta madre 144
Oferta del mismo sexo 155
Visita de la familia en el trabajo 168
Experiencias de pelotas 182
Mi ex 190
Enamorada de un cliente 210
Puteada 225
Sin aliento 238
Su voz en el vacío 256
Negociaciones 268
Antonia 274

Agradecimientos 279

¡Maldita crisis!

Rita Solo. Encuentros discretos a domicilio. Morena, elegante, sofisticada y muy complaciente. Lista para hacer tus fantasías más íntimas realidad. Solo cash.

Mi nombre es Antonia, pero vamos a ser sinceros: no es lo mismo follarse a una Rita Solo que a una Antonia. En todas las casas hay Antonias, generalmente en bata, sin depilar, hasta los ovarios de fregar, cocinar, aguantar a los niños, fritas de pensar en cómo llegar a fin de mes y con más bien pocas ganas de echar un polvete. Pero una Rita... Una Rita siempre está dispuesta a complacer con una sonrisa de un millón de dólares y un coño de oro.

Todo el mundo pensará que qué tiene que decir una puta si en teoría solo valemos para tumbarnos y abrir las piernas o la boca —a gusto del consumidor previo pago del importe—, pero las putas tenemos mucho que decir, tenemos todas un porqué y una historia detrás... Esta es la mía.

Aterricé en la profesión más antigua del mundo por pura casualidad. Más que por casualidad por la confusión

de un guiri borracho una noche en Marbella. Acababa de perder mi trabajo en Madrid —suspensión de pagos—. Pensé que sería algo pasajero y que enseguida encontraría otro, pero las facturas se iban acumulando, mi paro era irrisorio y no llegaba ni para cubrir la primera semana del mes. Además, mi casero estaba a punto de formarme un consejo de guerra y me destrozaba pensar en las penurias diarias por las que tendría que pasar mi madre; así que, con los últimos dos mil euros que me quedaban en el banco, me lie la manta a la cabeza y me fui una semana de vacaciones a un hotel carísimo para mí de Marbella, sabiendo que serían mis últimos momentos de falsa felicidad antes de afrontar la tragedia que se me venía encima, sin trabajo y con más deudas que neuronas para pensar cómo pagarlas.

No es que cuando trabajaba pudiera tener como una reina a mi madre, pero sí podía proporcionarle una vida digna y algún capricho que otro de vez en cuando. Mi madre pertenecía a aquella generación de amas de casa donde la palabra «trabajo» era de género masculino. En la época de mis padres el trabajo era cosa de hombres, y la cocina cosa de mujeres... Esa mentalidad de troglodita y antigua ha dejado en nuestra sociedad un montón de desvalidas y muchas «huérfanas» de marido.

Mi padre murió hace cinco años sin avisar, sin decirle a mi madre: «Oye, cariño, que me muero. Que disculpa por haberme bebido en el bar nuestros ahorros y habérmelos jugado al póquer los domingos, que ahí te quedas con la hipoteca de la casa y con el resto de los gastos; por cierto, perdona por no haberte dejado desarrollarte como persona y haberte obligado a ser mi esclava particular para limpiar-

me la mierda en casa y cocinar. Siento haberte prohibido trabajar como condición para ser tu marido y... ¡ah!, sí, se me olvidaba, que perdona también por la puta factura de la funeraria porque nunca me salió de los cojones hacerme un seguro para mi entierro». No, mi padre no le dijo eso. No dijo nada. Se murió. Le dio un ictus, tuvo a mi madre jodida un par de meses como una broma macabra pensando que podría recuperarse y luego murió de repente de un infarto de miocardio. Mi madre se sumió en una profunda depresión de la que me costó Dios y ayuda sacarla. Y después, y aunque no fui al juzgado a firmar ningún papel, me hice cargo de la «adopción» de mi madre.

Así que con aquellos últimos dos mil euros me marché a replantearme mi existencia. Aterricé en el aeropuerto de Málaga con dos maletas, la bolsa del portátil y el bolso de mano. Pensaba ponerme en esa semana toda la ropa que me gustaba aunque tuviera que cambiarme cuatro veces al día. Necesitaba esas vacaciones, necesitaba aclarar mis ideas, pensar qué iba a hacer con mi vida y con la de mi madre, claro.

El paquete de vacaciones incluía que un chófer fuera a recogerme al aeropuerto y me dejara en mi flamante hotel cerca de Puerto Banús. Busqué entre las caras de la gente algún hombre con pinta de conductor y con un cartel con mi nombre, pero me encontré con una especie de surfista en bermudas que, al ver que me esforzaba por leer sin gafas mi apellido escrito en letras enanas en una enorme hoja de papel, me saludó y me dedicó una sonrisa.

—¿Antonia Leal? —me preguntó.

—Sí, soy yo. ¿Me echas una manilla con las maletas? —Me cogió con desgana la maleta más pequeña.

Podía leer en su cara que la compañía le pagaba por transportarme a mí, no por cargar con mis trapos.

—¿No tienen carritos dentro? —intentó averiguar.

—No, aquella familia de los cuatro niños y el gato en la caja se llevó los tres últimos, pero si quieres lo llevo yo sola...

—No, no te preocupes, no pasa nada. Por cierto, me llamo Francisco —dijo con una sonrisa forzada, dándome la mano.

No es que yo esperara una limusina, pero el coche de Francisco necesitaba una seria revisión, además de una manita de pintura y un agüita. Encima, no tenía aire acondicionado y el calor estaba derritiéndome las pestañas. Abrí la ventanilla y el viaje hasta el hotel transcurrió sin apenas conversación. Llegué con un dolor de cabeza de aúpa por la sobredosis de aire caliente y con dolor de cervicales por tener media cara fuera del coche, que, además, olía a pachuli intenso. Pero tenía un cargamento de analgésicos en la maleta, y pensaba tomarme uno en cuanto subiera a la habitación. Esa semana era sagrada, y tenía que ser perfecta.

Antes de despedirme de Francisco le pregunté dónde podría tomarme una copita después de cenar, y me recomendó Seven en Puerto Banús y Olivia Valere para acabar la noche.

Después del papeleo de recepción me dieron mi tarjeta y me dijeron que un botones llevaría mi equipaje a la habitación. Me alivió pensar que no tendría que volver a arrastrar mis maletas hasta el ascensor. Subí a la sexta planta y busqué la 602; metí la tarjeta en la cerradura y cuando abrí pensé: «Perfecta».

La habitación era preciosa. Limpia, moderna y con una luz espectacular que entraba desde la cristalera del balcón con vistas al mar. Respiré hondo, fui al baño y vi que había un montón de geles, champús, cremas con el logo del hotel, y un blanquísimo y suave albornoz con una de esas pegatinas que decía más o menos: «No lo robes, no seas mamón», pero en fino. Estaba encantada, tenía todas las cremitas de regalo en la mano y sonreía como una idiota. Entonces me giré y vi la cabeza del botones, que parecía flotar sin cuerpo a un lado de la puerta, y di un bote.

—Lo siento, no quería asustarla. Traigo su equipaje —declaró con acento latinoamericano que no supe localizar con precisión.

—¡Qué susto!, no pensé que subiría tan rápido —dije riendo—. Espere...

Saqué de mi bolso el monedero y le di cinco euros de propina. Se fue dedicándome una sonrisa.

Aquella tarde tomé un baño espectacular. Vacié en el agua todos los geles que me habían dejado más unas sales de olor a vainilla que había traído conmigo de Madrid. Estaba relajada, el dolor de cabeza había desaparecido y los problemas iban desapareciendo con el vapor del agua. Aquella fue la última vez que recuerdo sentirme limpia.

Me vestí para triunfar. Básicamente había fracasado en casi todo lo que me había propuesto conseguir antes de los treinta, así que después de que me echaran del trabajo, de no saber cómo iba a hacer frente a la montaña de facturas que me esperaba en casa, después de la desesperación de saber que mi madre no contaría con la seguridad que yo le

había proporcionado hasta ahora y que, además, no sabía que su única hija acababa de perder el trabajo... Con todo aquello tenía suficiente, así que no, no pensaba fallar otra vez, esa noche quería vencer, quería ganar en lo que fuera. Tenía una especie de euforia absurda, síntoma, supongo, de que estaba perdiendo definitivamente la cordura.

Me encantaba cómo me había maquillado y mientras me vestía me serví una copa de ron con Coca-Cola del minibar y me puse un provocativo vestido negro minifaldero, probablemente demasiado provocativo. Pero me daba igual, me sentaba de puta madre. Mientras escuchaba *Show must go on,* de Queen, en mi iPhone y terminaba de pintarme los labios y de admirar el resultado de una hora de chapa y pintura delante del espejo, me di el último toque de secador y después me tumbé en la cama con una revista para turistas para elegir un restaurante donde cenar antes de pillarme la madre de todas las cogorzas que planeaba cogerme en los locales que Francisco me había sugerido.

Me decidí por uno japonés que estaba en Puerto Banús. Así luego podría ir andando a Seven; estaba a unos cinco minutos de paseo y, además, me encanta el sushi y aquella noche quería que fuera magnífica, así que llamé a recepción para que me pidieran un taxi y me fui a Yokami.

Cuando llegué y el *maître* me preguntó si quería mesa para uno, dejé de sentirme a gusto. No recordaba la última vez que había cenado yo sola en un restaurante; siempre solía hacerlo con amigos, con mi madre, con algún noviete... Pero aquella aventura la había empezado sola porque lo necesitaba, y ahora me sentía extraña sin saber exactamente adónde mirar.

Ojeé la carta aunque sabía que terminaría tomando sashimi de salmón, ensalada de wakame y tartar de atún como siempre que comía en un japonés, pero al menos podía esconderme detrás del menú y perder de vista a la gente que me miraba y se preguntaba si me había vestido y maquillado así para una cita y me habían dejado plantada. Podía ver en sus caras la compasión, sobre todo en la de una señora enjoyadísima que no tenía otra cosa que hacer que estudiarme. Pedí al camarero lo que quería, saqué mi móvil del bolso y me puse a curiosear el Twitter para olvidarme de las miradas ajenas mientras venía la comida.

El camarero trajo los platos a la vez. Estaba todo delicioso; ahora ya me daba igual quién me mirara, estaba disfrutando de la comida y me estaba riendo de unos chistes absurdos del Twitter. Con la cena me tomé dos copas de vino tinto, y de camino a Seven ya iba un poco tocadita. No estaba borracha, pero había llegado a ese puntillo de desinhibición en el que casi todo me daba igual. Ahora sí que estaba dispuesta a pasármelo en grande.

Al llegar a Seven, un gigante segurata me hizo un chequeo de arriba abajo que ya quisieran en la Seguridad Social. Apartó bruscamente a otras chicas que estaban aguardando, tirando casi al suelo a una rubia que no esperaba el manotazo y que por poco pierde el equilibrio con sus tacones de aguja. El de seguridad me miró con cara de perdonavidas y me hizo un gesto para que pasara. Las otras se quedaron en la puerta, quejándose porque ellas estaban antes que yo, mientras el coloso trajeado se cruzaba de bra-

zos y las ignoraba con desprecio, sintiéndose poderoso, sabiendo que tenía en su mano la felicidad de unos pobres mortales que esperaban ansiosos en la puerta, y que en cierta manera, aunque su sueldo no llegara a fin de mes, contaba con ese poder, porque más de uno ahí fuera necesitaba ahogar sus problemas en alcohol y echar un polvo con un extraño o extraña que aliviara la tensión que podría acabar en un estado de ansiedad bien chungo.

Yo ya había comenzado a triunfar aquella noche, aunque solo fuera porque le había caído simpática al de la puerta de media tonelada de aquel local. En cuanto entré me sentí algo incómoda; no tenía a nadie con quien comentar la jugada, parecía que todo el mundo tenía amigos menos yo. Además, hice un *casting* rápido y, aunque la nota media de las mujeres era de un seis, había un par de nueves que podían joder la noche a un siete y medio como yo, y llevarse al más guapo del local.

Fui directa a la barra dispuesta a mentir al primero que me preguntara qué hacía sola. Diría que estaba esperando a unas amigas que habían ido a aparcar el coche. No fue necesario; Amador, un camarero encantador, no solo no me hizo la incómoda pregunta, sino que me invitó a una copa y me dio conversación durante un buen rato, el suficiente para que aquella copa me terminara de hacer efecto y ya me importara un verdadero carajo lo que nadie pensara de mí aquella noche.

Por alguna razón sentía que todos los hombres del local me miraban. No sé si era por el complejo narcisista que me estaba provocando el alcohol, pero me sentía sexi, me sentía increíble y los dos nueves que había visto al entrar parecían

más bajitas, más feas y más mayores a medida que yo iba vaciando las copas.

Me dirigí a la pista y bailé como una loca las canciones horrendas que el Dj pinchaba. Me sentía libre, feliz, guapa... Bailé con todos los que se acercaban. Me invitaron a una mesa donde terminé de cháchara con unas colombianas simpatiquísimas que no me creían cuando les decía que nunca iba al gimnasio, que no tenía tiempo y que no me cuidaba en absoluto. De hecho, hasta que perdí el trabajo vivía exclusivamente para eso, para trabajar.

La gente que acababa de conocer eran ya como amigos de toda la vida; el alcohol hace maravillas en mentes débiles que anhelan un escape. En momentos así no piensas que quizá con la resaca tus problemas, tus miedos y tus temores vuelvan al ataque cien veces más letales que antes de empinar el codo, pero mi noche no había acabado aún. El hombre que cambiaría mi vida para siempre, y del que no recuerdo su nombre, todavía debía invitarme a una copa en el siguiente local.